

EL TROVADOR¹

Vicente Riva Palacio

Con qué impaciencia esperaba Gervasio que llegara el sábado, porque el sábado había en la Alhambra baile de la Sociedad “El Mochuelo”. Baile de máscaras y era la primera vez que iba a concurrir con disfraz. Tenía compromiso para ello con algunos amigos, y además el proyecto de hacer en toda forma la declaración de un amor largo tiempo acariciado en silencio, a Pepita, guapísima muchacha, hija de un acreditado comerciante de ultramarinos que habitaba por la calle del Ave-María.

La ocasión era propicia, porque Pepita iba al baile disfrazada y Gervasio sabía perfectamente cuál era ese disfraz; contaba ya con un amigo que le presentara con el padre para obtener el permiso de bailar con la niña, a la que había destinado ya una preciosa caja de dulces, comprada expresamente con ese objeto en la Puerta del Sol, en la tienda de La Pajarita.

Gervasio era un buen muchacho. Había conseguido un destino en Gobernación, modesto, pero que le daba para cubrir todas sus necesidades y como no tenía familia y vivía solo en un humilde *sotabanco*, y contaba con buenas relaciones, podía llamarse un hombre feliz.

Aquel baile le había sacado de sus casillas; alimentaba la ilusión de aparecer en él con un traje de trovador que había arreglado a su manera; y para colmo de fortuna, el barón de las Rosas, que tenía muy buenas armaduras en su casa, le había prometido un casco, una coraza y una espada.

¡Cuántas noches estuvo soñando el buen Gervasio con aquel vistoso traje y con los parabienes de sus amigos y las miraditas codiciosas de algunas muchachas guapas!

De seguro que Pepita no podría resistir y, cuando menos, en aquella noche iba a escribir en la historia de sus amores el capítulo de la esperanza.

Por fin llegó aquella noche tan deseada. Gervasio se presentó en la casa del barón, cuando éste volvía del teatro, como a las doce y media. Habíase ya vestido, y no le faltaba sino el casco y la coraza. Por supuesto, no llevaba careta: ¡quién piensa en careta —como decía él— pudiendo bajarse la visera! Se ve y se respira con más libertad y, sobre todo, no se enseña ni la barba ni el cuello.

¹ La única versión que se conoce hasta ahora es: El General Riva Palacio, “El trovador”, en *La Ilustración Española y Americana*, año XXXVII, número XXXI (22 de agosto de 1893), 103-106.

—Pero, hombre —dijo el barón, mientras el camarista ponía el casco a Gervasio— va usted a estar muy fatigado; eso pesa mucho para traerlo toda la noche.

—No, señor; voy bien.

—Bueno, haga usted lo que le plazca.

Y Gervasio quedó armado caballero. Volvió a montar en el *Simón* y se dirigió a la Alhambra.

Entró Gervasio en el salón del baile sintiéndose el verdadero Trovador. ¡Cómo se figuraba él tener un aspecto marcial y elegante! Como en un espejo, se miraba en su imaginación, cruzando entre aquellas parejas vestidas con dominós de percalina, rojos, azules, amarillos, codeándose con las chulas que llevaban garbosamente los bordados mantones de Manila, y pasando con altivez al lado de muchachas disfrazadas de rorros, de vestales o de odaliscas, pero con trajes confeccionados *a domicilio*; y para todas creía ser objeto de admiración, y él mismo se deslumbraba con el reflejo del casco y de la coraza, bañados por los rayos de la luz eléctrica.

Buscó a Pepita y, aunque con grandes trabajos, logró encontrarla.

El amigo que debía presentarle con el padre de la joven cumplió su palabra. Preludiaron un vals y el trovador, dando el brazo a Pepita, comenzó por pasear en el salón.

Pero allí fue donde comprendió que el barón había tenido boca de profeta. Apenas se le entendía lo que hablaba dentro del casco. Su voz tomaba un eco cavernoso; el calor que sentía era insoportable; encerrado, con la visera calada y en aquella atmósfera empobrecida por el calor y el aliento de tanta gente, apenas podía alcanzar respiración.

Pepita no entendía palabra de lo que él la decía.

Quiso hacer el último esfuerzo y comenzó a valsar, pero también era imposible. Nada veía; el casco, moviéndose para todos lados, le azotaba el cráneo a cada paso y en poco estuvo que Gervasio no cayera en medio del salón.

Por fin tuvo que abandonar a Pepita y, rompiendo el incógnito, levantose la visera; necesitaba respirar, enjugar el sudor que bañaba su rostro, mirar siquiera por donde andaba. Pero no había remedio; a pesar de tener levantada la visera, por allí no podía meter la mano con el pañuelo, ni el peso que llevaba sobre la cabeza dejaba de abrumarle.

Entonces, rabiando y desesperado, perdidas las ilusiones, sin haberse podido declarar a Pepita y, lo que era peor, sin que nadie se hubiera ocupado de él, como quien apela al suicidio, determinó volverse a su casa y salió del teatro después de una hora de permanecer allí, tan cansado del cuerpo como del alma; ni el espíritu ni la materia habían podido soportar un casco de torneo en una noche de baile.

Llegó a la casa, pero hablando como dentro de una olla y sin poder descubrirse, el sereno se negó a abrirle, y necesarios fueron súplicas y argumentos y señales para que el celoso asturiano se convenciese de que era aquél el verdadero señorito Gervasio.

Vencida la primera dificultad, subió tropezando los setenta escalones que le separaban de su habitación; abrió con mucha dificultad la puerta y con más aún logró encender una vela.

Comenzó entonces la lucha; nunca se había puesto un casco y con la precipitación de ir al baile, no cuidó de averiguar cómo aquello se quitaba.

Daba vueltas y más vueltas, y tocaba en aquella prisión todo cuanto le parecía botón, hebilla o resorte, pero nada; el casco como si le hubieran hecho allí. Entonces se le ocurrió pedir auxilio. ¿Pero a quién? Todos los vecinos dormían y hubiera sido la mayor impertinencia llamar a un cuarto.

Parose en la puerta a reflexionar; le pareció oír pasos, alguien subía la escalera.

En efecto, era Paco el albañil, antiguo vecino de la casa, poco laborioso, pero gran trasnochador, y aquella noche las medidas de vino, sin duda por ser sábado, habían menudeado y a fuerza de tintas venía el hombre *más corrido que escaso*.

—¡Paco! —gritó Gervasio.

Y Paco se quedó parado del susto, oyendo aquella voz cavernosa y mirando un fantasma que él no podía comprender qué era.

—Soy yo, Gervasio.

—Me escamo —dijo Paco.

—No hombre, no te escames; ven a ayudar a quitarme esto, que yo solo no puedo.

—Bueno; vamos.

Y vacilando, entró al cuarto en seguimiento de Gervasio. Pero, como Paco tampoco entendía de armaduras y, por otra parte, no estaba de lo más *terrenal*, no se adelantó en aquella nueva tentativa más que dos o tres pellizcos que el albañil dio al trovador en el cuello con los bordes del casco.

—¿Pero cómo se ha metido usted ahí dentro?

—No me he metido, esto se abre.

—Se abrirá, pero yo *no le veo la tostada*. Ya me voy a acostar, ya me voy a la cama, y mañana a ver si doña Nicasia la portera, a ver si le puede quitar a usted eso, porque ella ha de entender bien, que su marido fue relojero en Jetafe antes de ser municipal.

Gervasio tuvo que resignarse.

—Me acostaré con casco —pensó.

Y se echó en la cama; aquello era un tormento y más tardo en reclinarsse que en volverse a incorporar. Pero a grandes males, grandes remedios; se sentó en una butaca y espero tristemente que amaneciera. ¡Qué noche tan larga!

Como sólo las penas del infierno son eternas, dormitando algunos ratos dentro del casco, meditando otros en lo que cuestan las glorias humanas y padeciendo los demás con los ensayos de una pianista que vivía en el tercero, que ni descansaba ni dejaba descansar al prójimo, oyó por fin abrirse la puerta y vio entrar a doña Nicasia con el desayuno.

En poco estuvo que la honrada portera no dejase caer la jícara del chocolate al contemplar aquella facha. Pero se enteró de todo y comenzó también a probar fortuna.

Después de las once de la mañana, cuando se despertó el barón, el camarista le presentó en una bandeja de plata una carta, que decía en el sobre: *urgente*.

—¿Cuándo han traído esta carta? —preguntó el barón rompiendo el sobrescrito.

—Esta mañana, a cosa de las nueve.

—Bueno.

Y aquella carta decía:

“Sr. barón: perdone usted mi atrevimiento, pero le suplico que me haga el favor de mandarme a su camarero para que me quite el casco, que no he podido quitarme yo. Estoy como loco. He pasado la noche en una butaca; tengo precisión de ir a la oficina; escribo con mil trabajos y apenas he podido desayunarme. —B. S. M. el desesperado— GERVASIO”.

—¡Fermín! —gritó el barón— ¿qué hora es?

El camarista miró el reloj que estaba en la mesa de noche.

—Señor, las once y media.

—Pues ve en seguida a la casa de Gervasio, que te necesita, pero no tardes.

A las doce en punto el trovador se quitaba el casco y estuvo a punto de desmayarse de alegría.

